

La necesidad de tener una vertiente terapéutica en un centro como Vil·la Joana

1 2



– Josep M^a Brun –

Psicólogo Clínico. Psicoterapeuta Sabadell (España)

De entrada, me gustaría felicitar al Centro Vil·la Joana por haber llegado en tan buena forma a tan proveya edad. Prueba de esta buena forma, es su capacidad de seguir creando -esta vez, en forma de libro-, también de ser capaces de convocar tanto público para su presentación, pero a la vez, y más importante, de seguir incorporando a profesionales jóvenes a su proyecto al que enriquecen y aportan esa continuidad. También quisiera agradecer el honor de haber sido invitado a participar en el libro y ahora en su presentación sobre la historia de Vil·la Joana. Me hace especial ilusión, dado que hace ya veinte años que colaboramos juntos.

Enric Font, director del Centro de Educación Especial Vil·la Joana, me pidió que hablara en esta presentación sobre *La necesidad de tener una vertiente terapéutica en un centro como Vil·la Joana*. Hice mía esta sugerencia como título, aunque como tal no es nada del otro mundo ni mucho menos original. A pesar de ello, la idea quedaba clara. De hecho, tan clara que, como todo lo que a uno le parece obvio, se hace más difícil explicar. Para poder tomar distancia de un tema del que hemos hablado mucho y pensar esta charla de manera más fresca, rehuí de entrada releer cosas ya escritas, incluso más, y tratar de considerarlo desde el principio.

Y, supongo que inevitablemente, pensándolo desde el comienzo, fui a dar con la etimología del concepto terapia que, por otra parte, es bien sabida (deriva del verbo griego *therapeuein*, que significa curar, atender, paliar el dolor...). Pero hay una segunda hipótesis etimológica más antigua, de la que derivaría ésta y que es menos conocida. Es tan antigua que ya la utiliza Homero en el siglo VIII antes de nuestra era. Él utiliza la palabra *therapon* para designar al escudero, el que ayuda al guerrero, el que conduce su carruaje, el que le ayuda a ponerse la armadura. No sé si en el caso de que Homero viviera en nuestros días, en vez de *therapon*, no lo llamaría *yo auxiliar* o, si no le gustara el lenguaje psi, cosa comprensible, simplemente lo llamaría *el que acompaña*...

Y me parece una idea muy sugerente. Porque *el que sana, el que cuida, el que alivia el dolor del otro* denota a alguien que está por encima y que ostenta el conocimiento, la capacidad, el saber. Mientras que *el que acompaña* es el que está al lado y, de alguna forma, al servicio del otro. Y encuentro la combinación de estas dos ideas mucho más adecuada a lo que yo entiendo que es el trabajo del terapeuta o de quien hace el trabajo terapéutico... el que alivia el dolor y el que acompaña. No sólo hablamos de calmar el dolor -mental, en el tema al que nos referi-

mos-, sino también de hacerlo a través de un *vínculo* relacional y de acompañamiento. El idioma catalán nos permite en este caso hacer juegos de palabras que expresarían esta combinatoria entre el que *cura a* y el que *cuida de*.³ Intento recuperar estas ideas más adelante.

Cuando uno se plantea tener que argumentar la necesidad de tener *también* una vertiente terapéutica en un centro de educación especial como Vil·la Joana, es que se da previamente algo excluyente en la cuestión. De alguna forma, este trabajo conjunto y de colaboración de dos acercamientos complementarios, o que deberían ser complementarios, el educativo o pedagógico y el terapéutico o clínico, está puesto en duda.

Alberto Lasa se lamentaba de que hoy en día "educación y tratamiento, pedagogía y psicoterapia van perdiendo su carácter complementario -aunque como tal han sido utilizados en muchos lugares", empujados ahora al enfrentamiento teórico y emocional. Y Juan Manzano, en relación con los trastornos de aprendizaje y sus posibles abordajes, ya nos advertía que "el uso exclusivo de uno u otro de estos modelos comporta un riesgo de unilateralidad y, en consecuencia, de una *monorespuesta* educativa o terapéutica". Nos preguntamos... ¿comprender para qué:

¹ Conferencia impartida por el autor en la presentación del libro de la Ed. Graó (2014) *El treball en Salut mental en un CEE. Un enfocament terapèutic-educatiu. Cent anys de Vil·la Joana (El trabajo en Salud mental en un CEE. Un enfoque terapéutico-educativo. Cien años de Vil·la Joana)*, llevada a cabo en la Asociación de Maestros Rosa Sensat, en Barcelona, el 29 de enero del año 2024.

² Traducción realizada por el Equipo *eipea* del original en catalán.

³ En catalán: *qui cura a y qui té cura de*.

para cuidar, para enseñar, para educar, para tratar?

En mi opinión, presentar la relación entre los dos acercamientos como opuestos cuando estamos hablando de personas con trastorno mental, marcando una especie de frontera entre *lo educable* y *lo curable*, sólo responde a la priorización del abordaje en cuestión y al olvido del agente principal al que va destinado. Este planteamiento excluyente o de abordajes parciales y parcelados deja de lado una visión más global, y por tanto más real, del niño al que va destinado. Y me atrevería a decir que deja de lado al niño en sí mismo a mayor gloria del abordaje escogido.

Cualquier tipo de intervención debe estar necesariamente ligada a aquél que la recibirá. Esta indicación, que parece de cajón, puede llevar a equívocos, y de hecho los lleva como veíamos, y nos obliga a precisar que la intervención debe estar ligada sobre todo a la *persona* que la va a recibir, no sólo al *trastorno* -o a la dificultad- que la recibirá.

Por tanto, por un lado, debería remitirnos a la idea de *singularidad*, alejada de la idea de intervención uniforme o a partir de los síntomas, de la conducta o de los algoritmos y cercana y dedicada a pensar exclusivamente en la persona individual y única que tenemos delante. Dicho de otro modo, debemos conocer a la persona con la que debemos intervenir, a la que debemos tratar, no sólo ver o saber o creer saber lo que nos muestra su conducta. Y conocer requiere tiempo, disponibilidad, observar, estar presente...

En el mejor de los casos, y éste es el objetivo, ello nos llevará a la comprensión del otro, de su mundo mental, emocional y relacional, de sus miedos, de sus intereses, de lo que le emociona o lo que le inquieta, todo aquello que nos permitirá entenderlo. Me resulta evidente que ello comporta un doble valor terapéutico: por un lado, nos posibilita el realizar actuaciones más adecuadas a la persona a la que atendemos, saber mejor cómo actuar; por otro, el incuestionable valor terapéutico

que nos aporta a las personas sentirnos entendidas. Y en este caso, cobra todo el sentido porque se trata de personas que son -o al menos se sienten- muy poco comprendidas. Recuerdo oír expresar a Júlia Coromines la máxima de que lo que más enloquece a una persona es el no sentirse entendida. Y estoy de acuerdo.

¿Quiénes son estas personas tan incomprendidas? Decía antes que cualquier tipo de intervención debe estar necesariamente ligada a aquél que la recibirá. El Centro de Educación Especial Vil·la Joana atiende niños y adolescentes que presentan trastornos mentales graves. Esta gravedad se manifiesta en la intensidad, en la frecuencia, en la dificultad de vinculación, en la dificultad de sentirse consolado o de buscar y aceptar ayuda, comunicar, relacionarse, entre otras dificultades; también en la dificultad de aprender.

Siguiendo las reflexiones de autores como Wilfred Bion, Daniel Stern o Peter Fonagy, todos los seres humanos nacemos con el



Inicios de la escuela de Educación Especial Vil·la Joana. Fotografía propiedad del MUHBA Vil·la Joana y disponible en <https://www.barcelona.cat/museuhistoria/ca/patrimonis/muhba-villa-joana/43-de-mas-escola-educar-barcelona>

deseo innato de conocer, tanto de nosotros mismos como de los demás, y de aprender cosas nuevas. También nacemos con la necesidad de una vinculación afectiva adecuada y segura con el entorno cuidador para poder realizar un desarrollo sano. Una vinculación con la persona significativa que cuide al bebé y con la que se establece y desarrolla una interacción de dependencia, de pertenencia, seguridad y confianza mutuas, mediante la cual el bebé va regulando progresivamente el miedo y... la curiosidad.

La figura de apego seguro representa para el bebé la seguridad básica esencial para poder explorar y, por tanto, para aprender. La ausencia de la vinculación de apego seguro puede inhibir el deseo y la capacidad exploratoria del bebé y, en consecuencia, la de aprender. Cómo aprende el niño también significa cómo interioriza el mundo externo y cómo se relaciona con él. El hecho de aprender, en sí mismo, genera respuestas emocionales, posicionamientos y potenciales reticencias o defensas. En el momento de aprender se ponen en juego muchos elementos que van más allá de los cognitivos.

Estamos hablando de un desarrollo sano, donde el deseo innato de aprender puede desarrollarse a partir del vínculo afectivo adecuado. Pero también nos estamos refiriendo a niños en los que ese deseo de conocer parece inexistente, inhibido o, directamente, rechazado. Sea por una inconsciencia o un desinterés total por lo que queda fuera de ellos, sea por una intolerancia extrema a la frustración, sea por un miedo irracional a lo que viene de fuera o no se controla o sea por un insoportable dolor mental en el momento de dar significado a la experiencia emocional, estos niños no sólo son reacios a aprender, sino que atacan todo lo que vincule y dé significado: el pensamiento, el conocimiento, el aprendizaje.

Esa gravedad de la que hablamos se caracteriza por la interferencia en todas y cada una de las actividades de la persona, a la que afecta de forma masiva; tiene un carácter constante. No se presenta el trastorno a ratos, sino que tiñe todas las actividades de la persona. Esta característica no implica que no puedan existir cambios

ni mejoras ni aspectos de la personalidad más preservados. Dicho de otro modo, los usuarios del Centro Vil-la Joana no sólo necesitan ayuda para aprender, sino también para vivir; no sólo necesitan ayuda durante el horario escolar, sino también durante todo el horario vital.

Son niños a los que las ayudas escolares ordinarias les han sido insuficientes. Pero también niños que no tienen suficiente con una psicoterapia. Necesitan algo más. La propia doctora Coromines, hablando del niño autista, decía que *puede mejorar evidentemente con una psicoterapia, pero que es indispensable que viva un ambiente terapéutico tanto en casa como en el colegio o en la guardería*, significando su necesidad de encontrar en todos los espacios de su vida medidas y actuaciones terapéuticas. Podemos hacer extensivas estas palabras respecto a los alumnos, pacientes, usuarios de la Escola Especial Vil-la Joana.

Pero es evidente que cuando hablamos de ambiente terapéutico no hablamos de una suma permanente de terapias, una detrás de otra, sino de algo distinto. *La institución no debería ser una suma de terapias, sino un marco terapéutico en sí mismo*. Si utilizamos la palabra *tratamiento* como sinónimo de te-

rapia, podemos decir que este marco terapéutico del que hablamos haría mención al *trato*. Lo terapéutico no sólo se genera en la terapia (en el *tratamiento*), sino que también puede producirse y se produce a partir de un *trato* adecuado. Y es ese trato adecuado el que es inherente a un centro como Vil-la Joana.

La institución terapéutica puede ser definida, en palabras de Joan Coderch como "el conjunto de medidas adoptadas en el trato cotidiano con un enfermo para mejorar y promover su salud mental". La finalidad terapéutica de una institución no radica en ser tan sólo un lugar donde se imparten aprendizajes o tratamientos específicos, sino un sitio que ofrece también un trato terapéutico adecuado que debería aspirar a abarcar todos los momentos de la vida de sus usuarios dentro del propio centro. Todos los momentos de la vida del niño parecen necesitar comprensión, contención y respuestas ajustadas.

Y aquí es donde recupero las ideas sobre las que reflexionaba al principio acerca de la etimología de las palabras terapia y terapéutico. Para conseguir ese trato adecuado, necesitamos al que entiende y al que acompaña. O quizá habría que decir que necesitamos que el que entiende, acompañe



Alumnos del centro Vil-la Joana sentados en el patio ante la fachada del colegio. Foto: Francesc Ribera Colomer, 1930-1936. Disponible en <https://barcelodona.blogspot.com/2017/11/catalunya-una-societat-respectuosa-i.html>

y que el que acompaña, entienda. Y en casos de tal magnitud, necesitamos una institución que quiera entender y que quiera acompañar. Sólo así podrá ser terapéutica. Con alumnos que se colocan de forma tan opuesta y peculiar frente al aprendizaje, lo terapéutico -previo e indispensable- es entenderlos y acompañarlos en esas dificultades para ponerlos en disposición de aprender.

Afortunadamente, toda esta dinámica no se lleva a cabo ni a través de conceptos ni de máquinas, sino mediante personas. El educador de una escuela como Vil-la Joana trabaja de manera directa y convivencial con el niño y eso le aporta conocerle mejor, pero también -e inevitablemente- el estar sometido a todo aquello que la relación implica, para lo bueno y para lo que no lo es tanto.

La convivencia con estos niños de historias dolorosas, de gran labilidad emocional, que a menudo no dialogan, que a veces parece que no te escuchan o que no te oyen, que no se explican o que lo hacen sin aparente sentido, que se empeñan en repeticiones, que aparecen incapaces ante las novedades o los cambios y parecen rechazarte o ignorarte, que no se dejan ayudar, que producen un vacío mental a quien está con él, viene acompañada -por su falta de capacidad de integrar y de interiorizar- de una proyección masiva de sentimientos no digeridos que recaen y golpean a la persona que les acompaña.

Y todo ello puede generar a quien lo recibe sentimientos de ignorancia, de impotencia, de no saber qué hacer, de rabia; también, en otras ocasiones, puede hacerle sentir que parece ser imprescindible para ellos y sentir el ahogo de la responsabilidad o sentir que lo están manipulando, sentirse poco gratificado... Y no estamos hablando de que esto sea el resultado de la poca experiencia o de la poca expertez del profesional, sino de la intensidad de la proyección. Todo este ajeteo emocional produce un fuerte desgaste y cansancio, en el que la desesperanza y el desánimo ante lo que parece un constante ir adelante y atrás no deja de estar presente.

Poder ser terapéuticos con ellos en la línea de lo que hablábamos, implica necesariamente poder mantener la esperanza, la confianza, la constancia y el deseo que el niño ha perdido. Y para poder hacerlo, necesitamos poder entender lo que sienten estos niños, pero también lo que nos hacen sentir y al mismo tiempo poder ser acompañados en esta -a menudo complicada- tarea. De esto se deriva la necesidad, más que la importancia, por un lado de trabajar en equipo y de ser ayudado de manera sistemática en la comprensión de lo que hace y siente el niño, pero a la vez, por otro, de lo que nos hace sentir y hacer. En mi opinión, la institución terapéutica debe velar por sus usuarios, lo que resulta una obviedad, pero también debe cuidar de sus profesionales.

Si me he sabido explicar, he dejado claro que para mí la necesidad terapéutica de un centro como Vil-la Joana se bifurca en tres ramas: hacia los usuarios, hacia los profesionales y hacia el mismo marco en el que conviven. Esta visión terapéutica que acompaña y complementa el saber pedagógico y las herramientas de aprendizaje y que se basa en la comprensión, en mi opinión, no es que sea necesaria, sino que es consustancial. Para rescatar el pensamiento y poder enseñar necesitamos, como decía antes, al que entiende y al que acompaña, necesitamos una institución que quiera entender y que quiera acompañar.

Y este es el caso del centenario Centro de Educación Especial Vil-la Joana.

Muchas gracias por su atención.